



## CAPÍTULO XVII.

### LA NATURALEZA AMANTE.

**U**NA ráfaga de la brisa de la mañana acababa de agitar en sus tallos algunas flores que dormían; y algunas estrellas imperceptibles se hundían en el azul del espacio.

Varios pajarillos despertaron al estrépito de un mugido prolongado que salió del establo de la hacienda, y los gorriones que anidan en los techos de los corredores asomaron la cabeza sobre las gramas secas de su lecho caliente.

Mas listas las golondrinas se habían pa-



rado ya en las blancas molduras del campanario, mirando hacia el Oriente: el crepúsculo en tanto dibujaba el perfil de las montañas en el fondo del primer lampo luminoso.

Poco á poco fué levantándose un rumor sordo que insensiblemente crecía: la paz y el silencio de la noche empezaban á ser turbados por esa serie de ruidos que casi no tienen poder para mover el precioso aparato de nuestros oídos.

La hormiga que arrima las piedrecitas que sirvieron de puerta al hormiguero; el pequeño terrón que rueda desprendido al empuje de un insecto que adivina el día; el broche de las flores que se desprende al impulso de la savia; el despertar de millones de seres que están escondidos en todas partes; las caricias de muchos miles de madres que vuelven á sentir el día y el amor al mismo tiempo, forman un conjunto de mil y mil pequeños ruidos, para que el mundo microscópico preceda en el rumor del himno universal que saluda á Dios todos los días.

Las madres despiertan mas temprano, porque el primer aliento de la naturaleza es de amor: de todos los nidos y de todos los lechos maternales se levantan al cielo las primeras preces; y todavía el sol no ha podido apagar las últimas estrellas, todavía no han enviado al espacio las azucenas su primer efluvio, y ya va atravesando los espacios la oración de la madre.

La naturaleza se rejuvenece cada día en la hora primera, porque en ella recoge los acentos mas puros, por que siente brotar el amor junto con las flores, porque el primer acento del mundo es de amor y de esperanza.

¡Hora sublime de misterios y de caricias que registra en sus goces inefables, y medio velados todavía por el crespón de la noche, fruiciones deliciosas y secretos exquisitos: aves que se besan, pupilas que se dilatan en medio de la penumbra, para volver á contemplar un objeto amado que les veló el sueño; manos cuyo primer movimiento es la caricia, labios cuyo primer roce es un



beso, corazones cuyo primer latido al despertar es de amor!

De todos esos misterios se levanta la verdadera oración de las criaturas, y por eso la primera sonrisa de la naturaleza es inefable.

Después de estos primeros síntomas de la vida real, los sonidos distintos y perceptibles comenzaron por todas partes á formar el *creccendo* de aquel coro universal.

Ya son las vacas de la ordeña que se ven obligadas á apartarse de sus hijos á la hora en que, ricas de vida para ellos, van á dar su sangre al hombre; y tal contravención, tal sacrificio, les arranca un mugido sordo y prolongado, que acaso no es otra cosa que un lamento.

Ya es el rechinar de las puertas de corrales y trojes que se mezcla al múltiple balido de las ovejitas, que se anuncian con gritos para no ser abandonadas por la madre en el tropel del rebaño que sale al campo.

Ya es el cacarear de las gallinas alborotadas en la difícil maniobra de saltar de las altas estacas ó de las ramas de un arbol

seco del corral: ya es el crujir de las coyundas y las lanzas de arado, al resistir las ligaduras que soportarán los bueyes durante doce horas.

Mas lejos comienzan á desfilar las carretas que volverán en la tarde trayendo el grano de los sembrados.

Hacia los dos costados de la casa de la hacienda, comienza á oírse cierto ruido particular de las palmas de las manos, porque en todas las chozas se preparan ya las tortillas de los peones; y un humo azul lame las negras paredes de las casitas, y un olor resinoso y particular se difunde por las rancherías, por que comienza á arder la leña ó la *buñiga*.

Los perros se asperezan y olfatean, pidiendo al basurero un desayuno; los gallos cantan en la casa de la hacienda, y responden en coro los de las cercanías, como transmitiéndose un «alerta»; y se mezclan á la algarabía de las golondrinas y al gorgear de los canarios de la casa, ese ruido inconfun-



dible que hacen los guajolotes en el auge de su bienestar.

El día, en fin, radiante, y rico de alegría y de vida, había aparecido; y el sol, prece-dido de cien mil girones de colores, que flo-taban en el espacio diáfano, como variadas banderolas, iba á aparecer magestuoso sobre los montes.

La naturaleza con sus mil raudales de vi-da, invitaba al hombre á los placeres de la meditación, al éxtasis de la criatura en pre-sencia del universo; pero las muelles cos-tumbres de la ciudad retenían en los calien-tes lechos á los viajeros, y á aquella hora galana y rica en armonías, los convidados roncaban aún profundamente.

El jardín de la casa estaba solitario: algu-nas tórtolas de cuello tornasol, posadas en las puntas de los árboles, recibían con placer, los primeros rayos del sol que se elevaba mientras que alegres bandadas de pequeños pajarillos, buscaban en la tierra las semillas desprendidas del ovario durante la noche, ó los insectos descuidados en su primer salida.

Algunos zenzontlis gorjeaban sobre las altas ramas de los olivos, y los gorriones abandonaban las ventanas y las cornisas de la hacienda y se lanzaban al jardín en busca de sus cotidianas delicias.

Los *coquitos*, esas pequeñas palomas que viven cerca de las casas de campo, bajaban al camino, sabiendo que allí encontrarían granos escapados por las rendijas de los carros.

Hacia un extremo del jardín se elevaban espesas enredaderas cubiertas de flores rojas y azules, trepando sobre las retamas y los sauces, y formando un bosque que cubría casi todo un ángulo del cuadrado.

Se necesitaba una observación detenida, para distinguir entre aquel espeso follaje algo como una balastrada.

En efecto, hubiera podido corroborar esta idea, notar que al través de los intersticios de las enredaderas descendía una figura blanca.

Era Chona, quien, según recordarán nues-tros lectores, tenía más motivo que otras



gentes para estimar en lo que valen las delicias del campo.

Descendió Chona al jardín, salvando una pequeña escalera con techo de verdura, y caracoleando por las caprichosas callecitas cubiertas de arena, llegó á una gruta artificial, en cuyo fondo había un surtidor de agua que se despeñaba sobre rocas cuidadosamente sobrepuestas y venía á confundirse en la tranquila corriente de un pequeño arroyo.

Chona había ganado en hermosura; y era de notar que á aquella hora ya paseaba en el jardín, primorosamente ataviada, y peinada de una manera irreprochable.

Había en la fisonomía de Chona esa mezcla de inquietud y deseo, de sobresalto y de arrojó que la acusaba desde luego de llevar á aquella gruta intenciones no del todo candorosas.

Hacia el extremo del jardín, los pajarillos que acababan de bajar de sus nidos volaban en distintas direcciones porque sentían los pasos del cazador.

Era un cazador efectivamente quien causaba su sobresalto; sólo que, lejos de hacer uso de su arma la llevaba colgada al hombro con una cinta de seda, y las intenciones que abrigaba estaban muy lejos de ser hostiles.

Era aquel hombre mas bien un poeta que un cazador; y después de haber dado un rodeo por ciertas callecitas, comenzó á buscar sobre la arena no sé qué flores, que al encontrarlas se retrató en su semblante la alegría.

Aquellas flores eran las huellas de unos piés de mujer, que bien podrían haber sido los de un niño: el cazador las contemplaba adivinando el movimiento de la que las imprimiera, y como queriendo leer en cada una de aquellas marcas pintadas en la arena, no sabemos cuántos signos que sólo podría traducir un hombre enamorado.

Traía el cazador un traje color de plomo, altas botas plegadas, y un finísimo sombrero de paja; terciada traía la bolsa de caza, calzados los guantes de ante, y sobre el



hombro izquierdo una escopeta belga de dos cañones.

Chona sintió los pasos, á los que contestaron los latidos de su corazón, y vió á Salvador acercarse á la gruta.

Un momento después se estrecharon las manos y luego se sentaron en una banca rústica á orillas del arroyo.

Chona dió á Salvador un pequeño ramo de pensamientos y heliotropos.

—Siempre te acuerdas del heliotropo, dijo Salvador.

—Eso es para que te acuerdes siempre de mí.

—Sí; aspiro algo tuyo en su aroma.

—Solo tú sabes decir cosas tan bonitas; dijo Chona.

—Porque las siento, contestó Salvador con profundo cariño.

—¿Por qué estuviste triste ayer?

—Por nada; contestó Salvador, mintiendo de una manera que lo conoció Chona.

—¿Eso se me dice á mí? dijo Chona en tono de cariñosa reconvención.

—Es la verdad.

—No; entre nosotros no existe la mentira ¿por qué has estado triste? dímelo.

—Porque empiezo á hacer mucho caso del mundo.

—¿Á pesar de tu espiritismo?

—Ése es mi pesar, el plazo se prolonga en vez de acortarse.

—¿Empieza á vacilar tu fé?

—Mi fé no, mi resistencia.

—Si vieras que no me satisface tu respuesta.

—¿Por qué?

—Temo que por la primera vez me estés engañando.

Salvador se tardó en contestar.

—No, dijo, no te engaño.

Chona corroboró su idea y se puso pensativa.

—Tú eres ahora la que te pones triste.

—En mí no debes estrañarlo; siempre estoy triste.

—¡Injusta!



—No: sensible. ¿Podemos acaso ser felices como lo son otros amantes?

—¿Por qué no?

—Porque para encontrar la felicidad en el estado excepcional en que nos encontramos, se necesita no tener cabeza ni razón.

—Yo estoy de riña con esas cosas desde que te amo.

—Eso, no es cierto, porque lo que nos ha dado fuerza para luchar con el destino, es tu fé en el porvenir; es esa filosofía que me espantaba al principio y á la cual me acojo hoy como á la única tabla de salvación. Pero, vamos á ver, tú no me has podido negar que estás triste, ¿qué tienes? ¿por qué sufres, Salvador?

—No hablemos de eso.

—Por el contrario: esto es de lo que debemos hablar.

—¿No será mejor que hablemos... del campo, de las flores, de la naturaleza?

—La naturaleza se entristece cuando te veo sufrir.

—La naturaleza... repitió Salvador, yo no

he visto cosa mas egoista que la naturaleza: ella tiene su modo de ser y sus leyes tan inmutables y severas, que ni las lágrimas ni los tormentos de la humanidad, pueden cambiarla jamás. Vuelve la vista en derredor de nosotros: todo sonríe, toda está tranquilo. ¿Quién podría decir que hay otros seres capaces de tomar parte en nuestras tristezas? ¿qué somos nosotros ante todo ese universo viviente; alegre, por que es superior al dolor; orgulloso, por que se basta á sí mismo?

—¿Niegas, Salvador mío, la relación entre la criatura y la naturaleza? te desconozco; hablas movido por un sentimiento de rencor cuya causa me es desconocida.

—No, Chona; hablo con el corazón.

—Otras veces, continuó Chona con tono mas cariñoso y persuasivo, otras veces tú me has hecho comprender la relación misteriosa y providencial que existe entre nosotros y la naturaleza. Escúchame, y verás cómo he aprendido tus lecciones. ¿Te acuerdas cuánto has deseado verme en el campo?



¿Ya olvidaste nuestros sueños y nuestros proyectos? Apenas se han realizado te manifiestas ingrato con lo que tanto habías deseado. Yo no he cambiado, Salvador, yo, sí he tocado la felicidad que me hiciste soñar; este sitio, esta gruta, ese chorro de agua, esta sombra que nos prestan los fresnos, las flores que se mecen á nuestros piés, las aves que trinan, todo, todo esto á tu lado, tiene para mí un encanto tan irresistible, que me he creído indemnizada mil veces de todos mis tormentos. Palpitante, loca y ciega, he corrido tras una felicidad, que mujer alguna en el mundo se atrevería á desdeñar; y entonces, Salvador, cuando me he considerado con el tesoro de tu amor entre mis manos, he escuchado el coro de la naturaleza, que entonaba hossanas á mi felicidad; entonces he podido extasiarme en el azul del cielo; entonces, centuplicada mi sensibilidad, he podido saborear todos los deleites de que es capaz el alma arrobada en el éxtasis de la contemplación y del amor; entonces las aves han tenido para mi

oído sus trinos mas melodiosos; entonces me ha parecido comprender hasta esos murmullos apacibles de la fuente, de los árboles, del viento; entonces todo ha hablado á mi alma, porque tú, con tu amor lo llenabas todo, estabas en todas partes, llenando, desde mi imaginación hasta el espacio; y yo, en compensación, lo amaba todo, porque todo cuanto me rodeaba eras tú, había algo de tí hasta en el aire que respiraba; entonces, Salvador, amé la naturaleza, como á una amiga de mi amor, me identifiqué con ella, como me he identificado contigo, y amé como ninguna mujer ha amado en el mundo...

Mientras Chona hablaba, Salvador había estado recibiendo los efluvios de aquel amor, con un recogimiento casi místico; después con arrobamiento delicioso, y por fin, con una ternura profunda.

Del fondo del corazón de Salvador, se habían exprimido dos lágrimas, que asomaron ardientes en sus ojos; y al través de esos prismas radiosos que las lágrimas for-



man en la visión, Salvador contempló á Chona, como una creación celestial.

Chona fijó á su vez su mirada en Salvador, y un torrente de amor corrió entre aquellas dos almas, solas en el mundo.

—Tienes razón, Chona, dijo Salvador al cabo de un largo rato de silencio.

—¿No es verdad, insistió Chona, que la naturaleza no es egoísta? ¡Ay! agregó arrojando un profundo suspiro, ella cambia con nosotros; y así como nos hace gozar cuando gozamos, es inexorable con nosotros cuando.....

—¿Cuándo qué? interrumpió Salvador.

—Cuando somos culpables.

—¿Culpables? no pronuncies esa palabra.

—¡Qué horrible es esa palabra! ¿no es verdad? tiene todo lo mas terriblemente doloroso que pueda sentirse. ¡Ay! Salvador, por desgracia es cierto.

Hay un Dios tan justo, hay una ley tan inexorable, que si cien veces me eleva la ilusión al cielo fingido de nuestro amor, otras tantas descendiendo al abismo donde só-

lo palpo la verdad y á donde sólo devoro el remordimiento.

—¡Chona! por piedad, exclamó Salvador, adivinando adonde debían conducir aquellas reflexiones.

—Sí, Salvador; continuó Chona, la naturaleza también premia y castiga; y si nos hace probar efímeras delicias de un momento á los que no las merecemos, en cambio, nos sumerge bien pronto en el mar de la verdad, á donde todo lo que nos rodea es amargo, y á donde se ven perdidos para siempre los extraviados sueños de nuestra loca fantasía. Entonces, Salvador, entonces el viento que antes nos regaló con murmullos apacibles, se desencadena furioso, y gime y nos amenaza; entonces el cielo que contemplamos diáfano, se preña de nubes negras y espantosas; entonces la noche, la soledad y el silencio nos amenazan, y la formidable voz de nuestra conciencia se levanta como un amago inarticulado y terrible; entonces todo se nubla y se entristece, entonces todo lo que nos rodea es amena-



zante, porque es la intuición de la justicia la que nos marca el hasta aquí de nuestros malos pasos.

—¡Chona! ¡Chona, por Dios! me estás matando.

—Tú también has sabido elevarme hasta el cielo, para hacerme descender después hasta el abismo.

—Ese abismo es la verdad y la verdad no se parece á la muerte: es la luz.

—Es cierto.

—¿Acaso te has arrepentido de amarme, Chona?

—No; pero nuestra abnegación, según tú mismo me has dicho, debe consistir en arrostrar con las consecuencias de nuestro amor y en resistir hasta el torcedor de nuestra conciencia: ya me ves, yo tengo valor, yo no apelo á la mezquina disculpa de creerme ignorante, no, yo sé todo lo que hago, mido el peso de mis acciones, y todas, malas como son y reprobadas por mí misma, las ofrezco en aras de nuestro amor; yo sé levantar la frente ante el deber, co-

mo sé bajarla ante la reprobación social de que soy digna.

Al dulce canto de las aves, acababa de mezclarse el desagradable chirrido de un cerrojo.

Salvador y Chona se levantaron de su asiento, como movidos por un resorte; se estrecharon las manos con precipitación y casi á un tiempo pronunciaron esta palabra.

—Mañana.

Salvador se escurrió á lo largo de una tapia, y Chona volvió á recorrer las curvas callecitas del jardín, y subiendo la escalera, se perdió en el bosque de verdura, de donde antes había salido radiante de alegría.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.